

Una cruda inquietante: la izquierda mexicana en busca de su narrativa

Andrés Lajous

Supongamos que la izquierda mexicana se encuentra en crisis. Supongamos que su estado actual es análogo al que vivieron otras izquierdas a principio de los años noventa. Supongamos que es una crisis postergada por la singularidad del sistema político mexicano del siglo XX. Supongamos que la identidad de la izquierda no ha sido redefinida, que no ha delineado un camino renovado y que, por el contrario, su crisis se ha reflejado en sus más recientes derrotas políticas y electorales. Si partimos de estos supuestos podemos imaginar a una izquierda mexicana desnuda, tirada en la puerta de un bar en el centro de México. Empapada en orines sin saber qué acaba de ocurrir, sin saber dónde está, y sin saber qué hacer. Es decir, podemos suponer que la izquierda mexicana está extraviada después de mezclar anfetaminas con alcohol, ser vejada, y perder la conciencia.

Cuando la izquierda mexicana despierta, lo primero que se pregunta es cómo llegó hasta aquí, hasta este lugar en donde ha perdido la memoria, y donde no puede prepararse para el futuro. A este lugar donde no le importó perder su identidad y donde sólo reaccionó cuando le mearon encima.

La izquierda tendrá que reconstruir, paso por paso, su pasado y escoger con qué memorias reconstruye su historia. Es decir la izquierda tiene que volver a ejercer su derecho a la narrativa para redescibirse en la construcción de un mundo diferente. De un sin fin de narrativas posibles, tendrá que elegir y narrar una que le permita recuperar el orgullo y levantarse del piso. Una izquierda sin dignidad, en el mejor de los casos se estanca, en el peor, se suicida.

Para ayudar en esta tarea, se me ocurren por lo menos cinco narrativas posibles (y una deseable) para la izquierda mexicana.

La primera es una que recupera al cardenismo. La redescipción de la revolución mexicana

como socialista, como una revolución interrumpida en la que los actores son más corporativos que ciudadanos, donde el Estado es el astro central en la constelación nacional alrededor del cual giran los sectores sociales que expresan la voluntad del pueblo. La revolución es socialista pero *mexicana*, el Estado es el Estado *mexicano*, el pueblo es el pueblo *de México*. Es decir, según esta narrativa la izquierda es nacional y revolucionaria, su modernización sólo es el paso del corporativismo al clientelismo. Critica a la democracia por ser extranjera no por liberal.

La segunda narrativa posible es la que cree que la caída del muro de Berlín no significó nada. Las leyes de la historia, dice, son inmutables, no importa la contingencia histórica, puesto que la ciencia y la verdad son una y además marxistas. Esta narrativa nos dice que la izquierda es izquierda porque las condiciones objetivas así lo dictan; sin embargo, las condiciones subjetivas nunca han existido para que el proletariado asuma plenamente su papel revolucionario y se logre una Revolución Socialista en México -que no mexicana-. La vanguardia revolucionaria es todo frente a las mayorías que viven con una falsa conciencia. Para esta narrativa, Valentín Campa es un héroe caído en la lucha de clases, no en la lucha democrática.

Una tercera narrativa posible es la de una izquierda que se asume avergonzada. Una izquierda que ve en sus excesos motivos para dejar de ser; ha sido tan autocrítica que renuncia a la capacidad de imaginarse diferente. Tras la autohumillación, sólo le queda soñar con la identidad de aquél que sigue de pie. Si la identidad soñada es de izquierda o de derecha no importa, lo que importa es que sigue de pie y al no haber incurrido en excesos inhumanos en el pasado cercano, prefiere la imitación con tal de imitar lo que considera superior moralmente. La relación con los intereses públicos es erradicada y sustituida por los intereses privados. El Fin de la Historia es sustituido por el Progreso hacia la Sociedad Abierta. En ésta narrativa Jorge G. Castañeda no es alguien que traicionó a la izquierda, sino alguien que reconoció la superioridad moral del liberalismo sin adjetivos.

La cuarta narrativa que podría escoger la izquierda mexicana es la que reconoce la red de significados en la que vivimos como una red esclavizante e insuperable. Ésta narrativa también es una de rendición, pero afirma que el problema es que la Ultra nunca fue

suficientemente Ultra. Niega su propia existencia, al decir que la Revolución al ser imaginable deja de ser posible. Es decir, la imaginación destruye lo innombrable. Nuestra complicidad con el sistema de dominación totalitario -reclama- está en nuestro modo de existir. La farsa somos todos. Para esta izquierda, la Palabra de Marcos es la Revolución aunque la Revolución no sea posible.

La quinta narrativa posible para la izquierda mexicana es la que se pone de pie al reconocerse en la diversidad de narrativas pasadas. La izquierda que no desdeña por completo su pasado, pero tampoco se ancla a él; combina la contingencia histórica y el contexto con la imaginación para alterar el futuro. Esta izquierda cuenta cómo el nacionalismo revolucionario modernizó a un país parroquial y caciquil, cómo el comunismo y las rebeliones ideologizadas mantuvieron la esperanza de un mundo mejor en momentos de autoritarismo desesperanzador. Esta izquierda que quiere ser izquierda, reconoce sus errores y se transforma, pero no se autodenigra. Nunca renuncia a sí misma. Se ve combatiendo la desigualdad con libertad, y el autoritarismo con justicia. Se preocupa más por la libertad que por la Verdad, aunque sabe que la libertad por sí sola no emancipa. No usa mayúsculas cuando se narra, y es anti-teleológica al desenmascarar el oportunismo teleológico del progresismo. Critica al poder al denunciar la opresión y humillación de los hábitos culturales, aunque descarta la fallida profecía revolucionaria. Llama a la desigualdad y la injusticia por su nombre: unos tienen mucho y otros no tienen nada, los privilegiados son pocos y los no privilegiados son muchos.

Esta narrativa busca anécdotas en el impulso modernizador de las instituciones de la revolución mexicana, en el impulso democrático y justiciero de Demetrio Vallejo, Rafael Galván y Valentín Campa. También los busca en el reformismo digno de Heberto Castillo y Carlos Pereyra. En el heroísmo lingüístico y político de mujeres, indígenas, homosexuales y discapacitados que hablaron no sólo para hacerse escuchar sino para dejar de *no ser*.

La quinta narrativa de la izquierda mexicana no ha terminado de escribirse, sin embargo, ya empieza a redesccribirse. Ésta narrativa podrá encontrar lo extraviado en una comunidad deliberativa en donde caben todas y todos con el compromiso de deliberar mucho, decidir poco, y concluir nada. En una comunidad que no cae en la tentación de los atajos al poder

pero que no pierde su vocación de poder. Una comunidad que respeta la diferencia y la autonomía, que dialoga en libertad poniendo las ideas a competir, que no renuncia al laicismo y que mantiene la búsqueda permanente de justicia. La comunidad entorno a esta quinta narrativa podrá erigir una izquierda mexicana esperanzada que no se deje humillar ni oprimir, que no se embriague con los resabios adulterados de mejores años, y que mantenga la cabeza erguida pero más cerca del piso que del cielo. Una izquierda que reclame su derecho al futuro.